

IGNACIO SANZ
UNA
TIERRA
MANSA



ISLA
DEL
NAUFRAGO
EDICIONES



UNA TIERRA MANSA

IGNACIO SANZ

UNA TIERRA MANSA



Para Felicitas Martín

EL ESGÜESADO

A Luis Sevillano

Dicen que se ha muerto el Esgüesado, milagro de hombre que se ha venido a morir tan de reviejo con la vida tan perra que llevó, por muy bien que le pintara luego en Asturias, que dicen que allí trabajó en no sé qué minas para sacar el carbón de la tierra, que así sacan el carbón por allí, de la misma tierra, y no como nosotros que lo hacemos de la encina; lo cierto es que dicen que se ha muerto; ya veis, el pobre del Esgüesado, con la de cachos de pan que nos tiene comidos en los malos tiempos, en aquellos años de después de la guerra, cuando requisaban el pan y la carne y teníamos que hacer tabiques dobles para esconder el trigo; claro que vosotros no os acordaréis del Esgüesado ni de aquellos tiempos tan malos porque erais unos críos sin escagazar todavía; vuestro padre, si viviera, sí que podría contaros las sofoquinas que pasábamos y de cómo se corría la voz y el pánico cada vez que llegaba a la plaza el coche negro de la Fiscalía de Abastos con aquellos hombres larguiruchos y secos que parecían la encarnación misma de la peste y que entraban en las casas requisándo-

lo todo, las cuatro cosas que había, así que menuda maña nos dábamos las mujeres para esconder lo que podíamos, hasta en los colchones he metido las hogazas de pan; lo malo era cuando llegaban a la cuadra y claro, a los marranos no los podíamos esconder en ningún sitio con lo que gruñen; y como estaban allí, en las cochiqueras, si teníamos dos, te decían: éste queda requisado, así, por las buenas, lástima que no se les secara la lengua porque, además, siempre señalaban al más gordo, mala gente aquellos hombres tan secos, con su bigotito y su sombrero, señoritos chulos y atravesados que parecían la mismísima peste con el traje negro y aquella manera tan agria y tan chula de mirar.

Más de un marrano nos aventaron, con el trabajo que costaba cebarlos, claro que, si a eso vamos, peores eran los guardias civiles que a diario nos tenían acorralados dentro del pueblo y hasta para salir al campo nos cacheaban, no fuera a ser que sacáramos alguna cosa para el estraperlo. Sobre todo aquellos dos guardias civiles, Indalecio el Malo y el cabo de la Garrota, que nos tenían martirizados, y que hasta andar, andábamos en vilo para que no nos oyeran. Sólo cuando íbamos a comprarles el aceite que habían requisado a los contrabandistas portugueses, sólo entonces parecían suavones y hasta zalameros, pero fuera de eso, a la más mínima, si alguien rebullía, se liaban el uno con el perro lobo aquel de los colmillos afilados y el otro con la garrota y nos hacían andar tiesos como velas y mudos como piedras, porque aquí, entonces no rechistaba nadie.

De ahí vino la ojeriza con el Esgüesado, precisamente

de ahí, porque don Lope, viéndole con tanta necesidad y con tantos chicos a la espalda, le dijo que si le envenenaba al perrazo lobo aquel del guardia Indalecio, que le pagaría con una hogaza de pan, una hogaza entera, de las grandes, fijaros bien, una hogaza por matar a un perro, con el hambre que pasaba el Esgüesado, que hasta nosotros mismos las pasábamos estrechas; así que una hogaza, que seguro que se le hicieron los ojos chiribitas sólo de pensarlo. Y todo por matar un perro, con la de perros que habría matado en su vida, unos para comerlos y otros para quitárselos de en medio para que los ladridos no le descubrieran cuando salía por la noche al campo a apañar lo que pudiera, que todo le venía bien, que tenía un estómago muy duro, tan duro como las piedras y como los perros que mataba. Entonces no había jornales y a ver qué iba a hacer; la gente tampoco andaba con holguras y no le quedaba más remedio que salir al apaño de unas patatas de aquí, una gallina de allá, un gato de acullá... lo que podía. Pero como todo el mundo andaba alertado y el hambre apretaba, en los peores días, si no encontraba nada, salía a la desesperada, a la carne muerta, a las ovejas que dejaban los pastores tiradas en el campo con el carbunco en el cuerpo, una enfermedad muy corriente entonces que se llevaba por delante a la mitad del ganado porque las vacunas ni se conocían. El bueno del Esgüesado a veces salía solo y a veces con el Puñales que en paz descansa, que también andaba a verlas venir, como él. Se juntaban los dos y con el cuchillo de hoja larga y cachas de madera que siempre llevaba en el bolsillo interior del chaleco, despellejaban a las ovejas en medio del campo y

cargaban al hombro con media oveja cada uno. Y, os digo la verdad: a veces la gente les miraba con envidia de ver que no se morían después de tragarse aquella carne muerta de las ovejas sin sangrar, una carne llena de ronchones rojos, con salpicaduras de sangre por todas partes; ya os digo que el Esgüesado era como los perros y comía todo lo que le pusieran por delante. Hasta que una vez cayeron malos después de un atracón de carne muerta y se les puso a ellos la carne como a las ovejas, con ronchones rojos y salpicada de granos, que ya lo veíamos con la muerte dibujada en la cara y fue entonces cuando os digo que nos tiene comidos más de cuatro cachos de pan porque como vivíamos cerca, casi vecinos, me daba no sé qué, pensar que yéndose a morir, porque estaba ya abocado a la muerte, pues me daba no sé qué que le faltara el pan de los últimos días, así que quitándonoslo de los nuestro, le llevé algún cantero de pan y algún trozo de tocino y manteca para que pusiera su mujer unos garbanzos para los chicos. No fui la única. Otras veces fue la Engracia, la vecina de enfrente o la Anastasia, la jorobada, a quien no llegasteis a conocer; o el propio don Lope, tan generoso siempre con él. Pero lo cierto es que no llegó a morir del carbunco, que se fue reponiendo poco a poco y se le fueron marchitando los granos aquellos de la peste y, poco después, cuando se repuso del todo, volvió a las andadas aunque, eso sí, ya no quiso tentar más a la suerte y se olvidó de las ovejas muertas por el carbunco. Entonces, dentro de la estrechez, prefería andar con cautela; y se iba hacia los gatos y hacia los perros, pero más hacia los perros porque eran más fáciles de pillar y tienen la carne

más tierna; eso dicen. Los atraía con zalemas y, si los perros eran grandes, los ponía el bozal para que no mordieran. Por la noche salía al campo con ellos, a un lugar alejado del pueblo y con su propia correa los ahorcaba. Cuántas veces, estando en la cama, se oían los maullidos de los gatos, unos maullidos alargados de aquellos animales que iban a morir; también los ladridos de los perros que eran los que nos desvelaban en mitad de la noche. Dicen que allí mismo, sobre la encina en la que los ahorcaba, los hacía sangrar poco antes de estirar la pata y, después, los desollaba a la luz de la luna con una maña que más de cuatro carniceros quisieran para sí. Había muchos perros entonces y la gente, cuando desaparecía un perro, decía: lo habrá ahorcado el Esgüesado. Sin tantas pamplinas como hay ahora. Y así se fue valiendo, de mala manera, como todos, pero él, peor, porque apenas si salían jornales y el dinero, que no había, valía poco, que entonces lo que contaba era la especie y él no tenía ni tierra ni ganado y la familia era grande y hambrosa, así que cuando don Lope le dijo que le daba una hogaza de pan tierno por matar al perro de Indalecio, aquel perrazo lobo de los colmillos afilados que era el terror de los estraperlistas portugueses, el Esgüesado no se lo anduvo pensando. Don Lope era el boticario, un hombre con sus rarezas, que tenía mucha ojeriza a los guardias y vivía en el pueblo como apartadizo, de espaldas a la poca gente de su clase y sin pisar la iglesia, aunque, eso sí, atento siempre a los más necesitados. Decían que el perro había muerto por un trozo de pan envenenado que le dio a comer El Esgüesado, pero el veneno se lo había preparado

don Lope.

Cuando el perro apareció muerto cerca del cuartel se preparó un revuelo de muchos quilates y la guardia civil hizo averiguaciones y pesquisas como dicen ellos, pero no sacaron nada en limpio, que la gente sólo se enteró muchos años después, cuando don Lope se murió y lo dijo poco antes de estirar la pata. Por cierto que, desde que apareció el perro muerto, Indalecio el Malo, como lo llamábamos, se hizo peor, más dañino y más envenenado, siempre al lado del cabo de la Garrota. Maldito Indalecio y maldito cabo.

Cuando entraban en la taberna, si algún mozo chistaba, se liaban a mamporro limpio, como encolerizados y aunque los mozos enseguida se desperdigaban por las calles, el cabo que manejaba la garrota igual que los pastores, porque había sido rabadán antes de hacerse guardia, la daba unas vueltas en la mano y luego la lanzaba al aire, que salía silbando como un cohete, hasta que se estrellaba contra el lomo de algún mozo, dejándole la señal como un trallazo marcado en las costillas por una buena temporada.

Nadie rechistaba porque aquellos eran otros tiempos. Al contrario, algunos se hacían lenguas de la habilidad del cabo, como si aquello fuera un espectáculo. Incluso si la garrota le daba a un hijo, los padres, al llegar a casa, le decían: para que andes más listo la próxima vez. Qué dura era aquella vida y cuanta gente se llevó por delante si, pensándolo bien, es casi un milagro haber llegado hasta aquí.

Por entonces, poco después de lo del perro, desapare-

ció el marrano retinto del tío Judas, que lo sacaba a hozar por los cercados antes de llegar la montanera. Desapareció a la luz del día, nadie sabía cómo. Enseguida fue el tío Judas a dar cuenta al cuartel. Menudo jaleo se preparó. Muchos hombres salieron aquella misma tarde a buscarlo al campo por los caminos, en cuadrillas, hasta que la noche se echó encima; aún recuerdo a vuestro padre que venía sudando como un sembrador después de la huebra. Al día siguiente la guardia civil entró en casas y pajares, también removieron todas las cochiqueras del pueblo, pero el marrano no aparecía. La guardia civil se tomó aquello con empeño porque el tío Judas tenía un pariente lejano que era amigo del gobernador civil de Salamanca y el gobernador dio orden expresa al cuartel de que el marrano tenía que aparecer vivo o muerto. Y entonces, cuando agotaron todas las casas y las cuadras y las portadas y las cochiqueras y los pajares, entraron en las despensas y tentaron las panzas de las ollas, pero el marrano del tío Judas no aparecía ni vivo ni muerto.

Con tantos antecedentes la guardia civil sospechaba del Esgüesado y a su casa fueron varias veces a tantear por allí, pero no encontraron ni rastro. Aquello se convirtió en el misterio de la Santísima Trinidad y durante días y semanas no se habló de otra cosa. Unos decían que se lo habrían llevado los estraperlistas portuguesas, otros sospechaban del tío Judas pudiera haberlo vendido en secreto para que no se lo requisaran los de la Fiscalía de Abastos y otros que si el marrano se había marchado volando sin decir adiós, como aquel buey del circo húngaro, que decían que, por comer alpiste de pájaro, se había

echado a volar.

Y como el marrano no aparecía por ningún lado, el tío Judas se fue a visitar al adivinador de Ciudad Rodrigo, un visionario que se anticipaba al tiempo con mucha antelación; lo mismo anunciaba guerras que tormentas, todo lo que iba a suceder en el mundo; apenas salía de casa porque la gente le escarneaba a preguntas. Todos querían saber en qué número iba a terminar el gordo de la lotería de Navidad. El tío Judas regresó al pueblo diciendo que el adivinador le había dicho que unos pobres habían sido, pero que no le podía decir más porque se estaba haciendo mayor y su cabeza se estaba convirtiendo en una nube densa de niebla.

Lo cierto es que, al poco, un día, muy de mañana, casi al amanecer, comenzaron a tocar las campanas de la iglesia con un alboroto que para qué, repicando como los días de fiesta. La gente se levantó alertada, algunos a medio vestir, para ver qué pasaba, unos pensando en un fuego, otros en la guerra que comenzaba otra vez, pero enseguida se corrió la voz de que por fin había aparecido el marrano retinto del tío Judas. Puñales que en paz descansen y el Esgüesado se lo habían llevado con engaños de la cerca donde estaba hozando a una tierra lejana, muy a las afueras del pueblo y allí lo habían rematado con el cuchillo de hoja larga que el Esgüesado llevaba en el bolsillo interior del chaleco, quitándole enseguida el mondongo que enterraron como enterraron el resto hecho cuartos en la tierra, envuelto en sacos, para que se conservara fresco y no lo descubrieran. Los guardias civiles pueden ser brutos, pero no son tontos y un día les siguieron de madrugada y

les pillaron allí, en la finca de las afueras, con las manos en la masa, desenterrando el marrano de a poquitos, lo suficiente para pasar unos días.

Recuerdo que cuando me acerqué a verles ya les tenían en medio de la plaza y casi no les reconocí. Era al amanecer. Los guardias les habían hecho desenterrar el marrano y se lo habían cargado a las espaldas. Iban arras-trando los cuartos como dos borrachos al tiempo que les golpeaban con la garrota y con las correas, haciéndoles sangrar por todas partes como a dos santocristos. Para mayor escarnio, como el marrano estaba entero, les habían metido en la boca una turma a cada uno y no la podían cerrar. Y caminaban así, como si ya no sintieran, como si fueran dentro del cuerpo de otro de tan desfallecidos como estaban. Tampoco lloraban porque a esas horas ya habían echado todas las lágrimas. Y parecía que se fueran a caer de un momento a otro. Estaban sin pulso y sin fuerza, pero Indalecio el Malo les seguía sacudiendo, como si estuviera dando correazos en un saco de patatas.

El tío Judas disfrutaba de lo lindo y, de cuando en cuando, estiraba también la mano como si fuera uno de esos mozos de la primera fila que lanzan puyazos al toro detrás de las talanqueras.

Eran las cosas de entonces. Supongo que una barbaridad como aquella no habría ocurrido en nuestros días. Lo cierto es que, a resultas de la paliza, a los pocos días, murió el pobre Puñales que en gloria esté. Que como era solterón y no tenía familia, muy poca gente le acompañó a su entierro.

Ya os he dicho que vosotros entonces erais muy pe-

queños y estabais sin escagazar todavía, así que no os podéis acordar de aquella paliza. Lo cierto, y vamos al caso, es que el bueno del Esgüesado también se repuso, como ya antes se había repuesto del carbunco, que no he visto hombre con la carne tan dura y que tantas veces se hubiera encarado con la muerte. Por eso me extraña la noticia de que por fin se haya muerto de viejo, en Asturias, de muerte natural, como me moriré yo algún día de estos, aunque él era más viejo y estaba más machacado por esa vida tan perruna que llevó y que fue a rematar en las minas de carbón.

Por aquí no volvió más. Si alguna vez supimos de él y de su familia fue por alguien del pueblo que trajo noticias suyas. Que decían que andaba hecho un señorito y los chicos, que aquí estaban medio tísicos, allí se hicieron gente de provecho; pero él nunca vino, como si no quisiera vernos, con la de cachos de pan que le dimos cuando lo del carbunco.

Parece que le estoy viendo la mañana que se fue montado en la caja de la camioneta que se llevó a la familia con los cuatro trastos que tenían con una mirada de fuego que le salían centellas por los ojos y las arrugas aquellas, como navajazos, marcándole la cara, vestido con un pantalón de pana negra muy zurcido, reluciente de tantos lamparones y el chalequillo aquel donde guardaba el cuchillo de hoja larga con cachas de madera que dicen que le habían regalado los estraperlistas portugueses. Iba cabizbajo, dando órdenes secas a sus hijos y regañándoles si decían adiós a alguno con la mano.

Desde entonces no le volvimos a ver el pelo; no quiso

saber nada del pueblo, como si le escociera el roce con la gente de aquí. No le culpo a él, que su mujer era una víbora. Y muy orgullosa. Seguro que fue ella la que no le dejó venir nunca. Recuerdo que el día de la paliza, después de ir con una carretilla a recogerlo porque el pobre no tenía fuerzas ni para dar un paso, se encerró en casa con él y ya no salió en mucho tiempo, precisamente hasta el entierro del Puñales. Un día fuimos la Anastasia, la jorobada y yo a verle y nos echó a la calle con viento fresco, ya veis, con la de cachos de pan que les dimos cuando lo del carbunco. En aquellos días sólo abría la puerta al médico y a don Lope que se hizo cargo de su mantenimiento hasta que malamente fue espeluchando de nuevo. Y, al poco de aquello, se fueron para Asturias y ya no les volvimos a ver. Por eso digo que me extraña ahora que un hombre tan duro como el Esgüesado se haya muerto por fin.

LA NOCHE EN BLANCO

A Maruja y a Seo

Yo iba a lo mío, carretera adelante, deseando llegar a casa para meterme en la cama. No me gusta el traspasado. Eso para los búhos y las lechuzas. En lo tocante al horario, prefiero las gallinas; aparte de que los cerdos son exigentes y marcan las reglas. A ver quién aguanta hasta las tres o las cuatro con cuerpo de jota si luego te obligan el agua y el pienso, que ahí no valen desarreglos ni atrasos. Así que yo iba a lo mío, contento, si cabe, pensando en la Petra, pensando que, a lo mejor, algún sábado de este verano que ya se nos echa encima me atrevo a decirle lo que tantas veces me he dicho a mí mismo: si te parece, Petra, podríamos dar el paso, ya me dirás qué hacemos tú y yo, a nuestra edad, metidos en estos enredos. Lo he pensado a menudo, pero luego, cuando estoy con ella, no me decido, me falta valor.

Yo iba dándole vueltas a estas cosas, en plan tranquilo, sin salirme de mi carril, como siempre, cuando, de pronto, atisbo una luz extraña. Pero, ¡la ostreni, me digo, a ver si va a ser un ovni de esos que dicen por la radio, porque

NOTA FINAL

Los pinares transmiten una sensación de mansedumbre. Es más, al pino piñonero, de estampa tan gentil, se le conoce también como “pino manso”. Los relatos recogidos bajo el título de “Una tierra mansa”, se desarrollan en un ambiente rural. En algunos, además, aparece Valdepinos, trasunto de cualquiera de los pueblos de la Tierra de Pinares en la que viví de niño. Es mi tierra, la que llevé a Madrid en los años sesenta cuando mi familia, como tantas, emigró a la ciudad; la que campea con frecuencia en las sobremesas familiares, la que aparece una y otra vez en mis ensoñaciones, una planicie salpicada pueblos y de pinares. En estos pueblos la vida discurre tranquila, aunque el sosiego aparente enmascara con frecuencia pequeñas frustraciones y conflictos transmitidos oralmente como parte de una herencia que pervive larvada durante generaciones. Sin conflicto, no hay relato que valga. Algunos personajes de estos relatos son reflejo de una sociedad que ya estaba en quiebra profunda en mi niñez y adolescencia, la época en que se desarrollan. Otros, es evidente,

son más cercanos a nuestro tiempo. En todos, como digo, hay un trasfondo rural que los une.

Diez de estos relatos formaron parte del libro “Un trabajo de campo” (Ediciones Libertarias, Madrid, 1990), mi primer libro de relatos. El titulado “La flor del helecho” se publicó en “Cuentos de taberna” (Editorial Popular, Madrid, 1989). De “Tantas cochinadas” (Ediciones Carena, Barcelona, 2005) he incluido “La noche en blanco”. “Vladimiro”, procede del libro de relatos colectivo “Contamos la Navidad”, publicado en León, en 2009. Tan solo “Lobos”, “Perdido” y “Para ver nevar” son inéditos.

Los relatos que ya fueron editados han sido sometidos a una reescritura para la presente edición. Si la forma es el fondo, al cambiarlos de ropaje, se podría decir que estamos ante relatos nuevos.

La mayoría tuvieron como punto de partida una historia, a veces mínima, que alguien me contó y que luego, como un árbol, fue creciendo en mi cabeza. El escritor, con frecuencia, es un tipo sedentario con grandes orejas que oye voces e imagina cosas. Nunca sabemos por qué, entre las cientos y cientos de historias que escuchamos, unas pocas fertilizan y cobran vida literaria, mientras que la mayoría se pierden por los desagües de la memoria.

He procurado ser fiel al tono y a la voz originaria que me contó la historia. De ahí que aparezcan algunos localismos no recogidos en el DRAE; los he mantenido porque son palabras que en mi tierra circulan con naturalidad. Deploro la literatura con aspiraciones costumbristas, pero entiendo que la fidelidad a una historia comienza por el respeto al lenguaje en que nos ha sido

narrada. Sin caer en casticismos, he tratado, como digo, de no traicionar el palpito de esa voz cuyo eco me persigue. De entre todas las voces que me susurran historias descuellas siempre la voz poderosa de mi abuela María.

El relato es un género que frecuento como lector. Me parece que se ajusta como ningún otro a la narratividad espontánea. Una novela se puede escribir, pero raramente, por su compleja artificiosidad, puede ser contada.

Para acabar y, como diría Arreola, también yo soy un pequeño impostor. Sé cuánto le deben estos relatos a las voces originarias que me contaron la historia que me dio el primer impulso, y sé también la deuda que tengo con Baroja, Rulfo o Pereira, por hablar sólo de tres maestros que me prestaron el tono y a los que leo y releo subyugado.

Ignacio Sanz

Segovia, febrero de 2010



ÍNDICE

LOS DOMINGOS	9
CHICO DE LOS RECADOS	21
VENDEDORES DE BIBLIAS.....	31
LA AGUEDITA	39
EL BAUTIZO DEL CHICHARRA.....	47
EL FRONTÓN	55
EL AGUAFIESTAS	65
LOS ALFAREROS	73
EL DESVELADO	85
LOBOS	99
VLADIMIRO	109
PARA VER NEVAR.....	117
PERDIDO	125
LA FLOR DEL HELECHO	135
EL ESGÜESADO	147
LA NOCHE EN BLANCO	159
NOTA FINAL	191

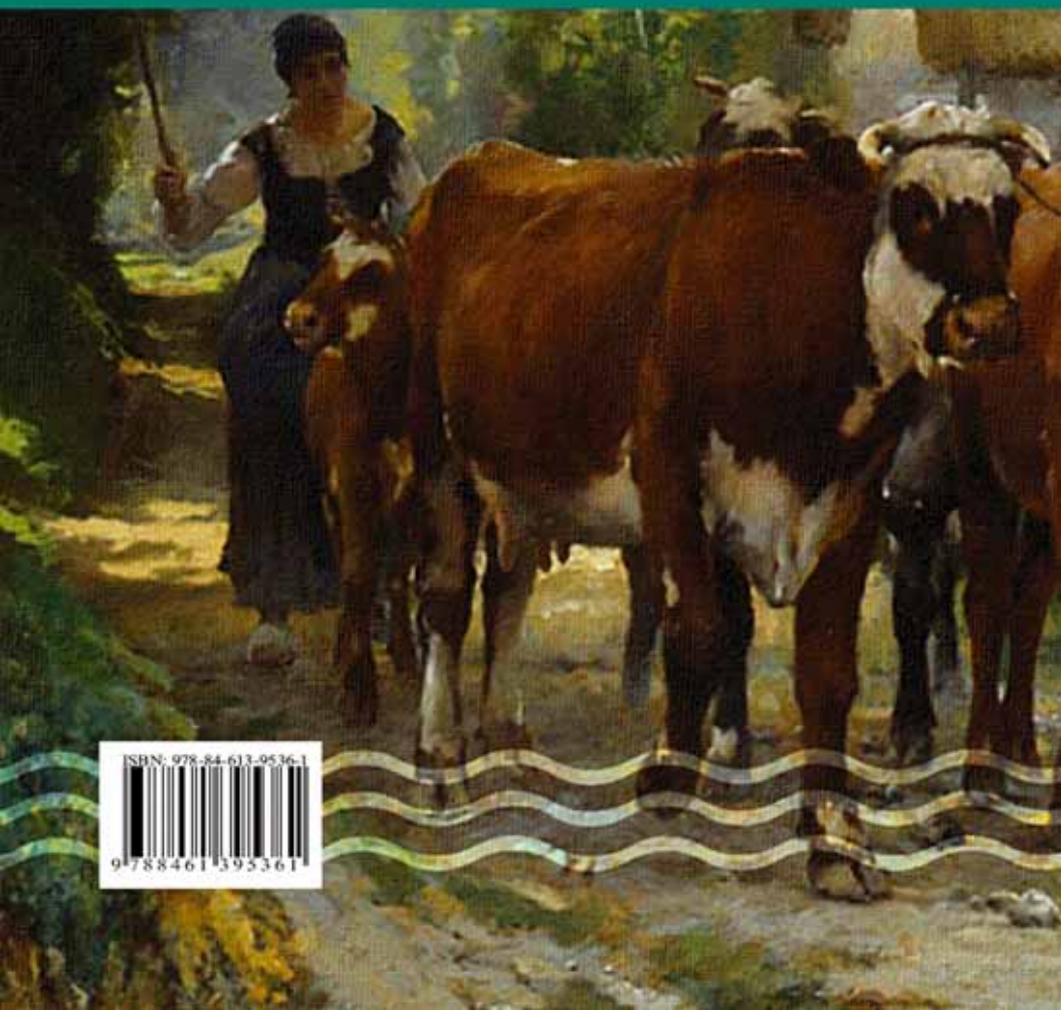


La pequeñísima editorial de la
Isla del Náufrago

agradece a sus lectores que esta obra no sea fotocopiada ni reproducida total o parcialmente por ningún medio, incluida la distribución por Internet, sin la autorización por escrito de sus titulares. Sin embargo, desde la soledad de nuestra isla, toda difusión de este libro y de esta editorial merecerá nuestra más sincera gratitud. Si a ti te ha gustado, recomiéndaselo a quien creas que puede disfrutar con su lectura.

Adquisición exclusiva por Internet:
isladelnaufrago@gmail.com
www.isladelnaufrago.com

“Una tierra mansa” agrupa un conjunto de 16 relatos que tienen como protagonistas a los habitantes de unos pueblos aparentemente tranquilos, sometidos a las tensiones y carencias de una tierra en la que la vida transcurre en precario equilibrio. En este marco podemos seguir las peripecias de unos mozos maduros y desencantados que tratan de alargar hasta límites imposibles la noche de los domingos. O la amargura y perplejidad que destilan las reflexiones del marido de una vieja prostituta. Personajes que dan cuenta de un mundo que se agrieta y desmorona en relatos narrados con el estilo preciso y envolvente de Ignacio Sanz.



ISBN: 978-84-613-9536-1



9 788461 395361